



## Sonata para un pianista caribeño

Koldo Campos Sagaseta

En un desvencijado apartamento consumido por el tiempo y la miseria, un hombre de alrededor de 60 años, sentado en el sillín de un piano, de espaldas a las teclas, come en silencio. Con una mano sostiene el plato, con la otra mueve una cuchara que sube y baja con indiferencia, como si comer no fuera un goce sino una inexcusable obligación.

A sus espaldas, un deteriorado piano preside una sala en la que apenas si queda una vieja mesa de madera y cuatro sillas en un extremo, un sofá al centro, justo enfrente del piano y a tono con el resto de los muebles, y dos o tres sillas más junto a la puerta del apartamento en el extremo opuesto a la mesa. En algunas paredes todavía se sostienen una marina, naturalmente inclinada, como si también quisiera zozobrar, el afiche de un concierto clásico a punto de desplomarse y las huellas de la humedad.

Cuando termina de comer, gira en el sillín hasta quedar de frente al piano, deja el plato sobre éste y coloca una partitura en el soporte de madera que protege el teclado.

Con la misma sobriedad y fe con la que un creyente encara la liturgia de su credo, el pianista extiende sus manos sobre el teclado dispuesto a tocar.

Antes de que lo haga, el timbre de la puerta pospone el intento. El pianista se levanta y abre.

**-VECINO 1.-** (Haciendo leves aspavientos por el mal olor que proviene del apartamento) **Buenas tardes vecino... perdón si le interrumpo pero me preguntaba si no le molestaría que me sienta a escucharle...**

**-PIANISTA.-** Claro vecino... no hay problema. Es más, le confieso que siempre es un estímulo contar con público. No sabía que le gustaba la música clásica y, precisamente, ahora mismo me disponía a tocar.

**-VECINO 1.-** Sé que lo hace todas las tardes y me encanta. Más de una vez he estado a punto de pedirle que me permitiera entrar pero... en fin, tampoco quiero molestar...

**-PIANISTA.-** Pase adelante y no se preocupe. No es ninguna molestia. Lo que lamento es no poder ofrecerle siquiera una tacita de café pero...

**-VECINO 1.- No tiene que excusarse...Es más, si quiere yo voy a buscar el café, claro que, lo tengo que colar pero, es cuestión de diez minutos...  
-PIANISTA.- (Luego de pensárselo) No hombre...cómo va a ser...otro día será, pase adelante.**

Ambos se disponen a entrar cuando una mujer se acerca a la puerta.

**-VECINO 1.- Oh...ella es Belkis, la vecina del tercero...  
-VECINA 2.- Encantado vecino... (mientras le estrecha la mano) ¿Podría yo también disfrutar un rato de su música?  
-PIANISTA.- Por supuesto, aunque no es mi música. Es Beethoven... yo sólo soy un vulgar y simple intérprete de ese genio... pero pasen adelante y acomódense donde gusten.  
-VECINO 1.- ¿No va a cerrar la puerta?  
-PIANISTA.- Creo que es mejor dejarla abierta para que circule un poco el aire...  
-VECINA 2.- Mejor sí y, además, no le interrumpimos si tenemos que salir...**

Los dos vecinos toman asiento en el sofá, detrás del pianista, mientras éste da inicio a la Sonata de Otoño de Beethoven. (Claro de Luna)  
Con discreción, el vecino pone una mano sobre la rodilla de la vecina y le besa el cuello.

**-VECINA 2.- (Susurrando) Estate quieto... que se va a dar cuenta.  
-VECINO 1.- (Susurrando e insistiendo en sus propósitos) Este no se entera de nada...No imaginas las ganas que tenía de verte...  
-VECINA 2.- Pero también podía haber sido en otro sitio...  
-VECINO 1.- Sí, pero esto es lo que hay, mi amor... El sábado te prometo que te llevo a un motel.  
-VECINA 2.- Chissss...que nos va a oír.  
-VECINO 1.- ¿Y tu marido?  
-VECINA 2.- Hoy está de guardia  
-VECINO 1.- ¿De guardia? Eso es lo que me gusta de la milicia...las guardias, pero ¿y qué hacemos aquí? Vámonos para tu casa...  
-VECINA 2 – Tú estás loco. En casa está su madre, que también está de guardia...  
-VECINO 1.- ¿Tú ves? Eso es lo que no me gusta de la milicia...las guardias.**

De improviso, aprovechando la puerta abierta, entra una señora ante cuya presencia los dos vecinos recomponen manos y ademanes. La recién llegada camina de puntillas, como tratando de no hacer ruido mientras inspecciona la sala y chasquea los dedos.

**-SEÑORA.- ¡Rufi...! ¡Rufi....! ¿Estás por aquí?**

Finalmente, se acerca a la pareja, mientras, imperturbable, sigue el pianista ensimismado en su sonata.

**-SEÑORA.- Perdón si molesto... pero ¿no han visto por aquí a mi Rufi? Bueno, se llama Rufo pero yo le llamo Rufi, de cariño.**

**-VECINO 1.- ¿Y quién es Rufi o Rufo o como quiera que se llame?**

**-SEÑORA.- Mi perro. Yo vivo en el bloque 3.¿No me conocen? Porque yo a usted si que lo conozco...**

**-VECINO 1.- Sí, yo a usted también la conozco señora pero aquí no ha entrado ningún perro...**

**-SEÑORA.- ¿Está seguro? Es tan pequeño Rufo y tan inquieto. En cuanto ve una puerta abierta se mete para adentro... ¡Rufi...Rufi!**

**-VECINA 2.- Señora... baje la voz... ¿no ve que está tocando?**

La señora parece albergar alguna duda sobre si la vecina se refiere al pianista o a otra cosa, y apelando a la mirada y al tono participa de sus dudas también a la pareja.

**-SEÑORA.- Sí, ya me he dado cuenta de que está... tocando, y por mi parte no hay problema alguno. Por mi puede seguir... tocando, que yo voy a buscar a Rufo... debe estar por aquí.**

Mientras la señora se dirige a la cocina, siempre llamando a su perro, la pareja de vecinos duda sobre si emprender la retirada o reanudar sus escauceos. Antes de que resuelvan el enigma, otra pareja de jóvenes provista de audífonos entra en el apartamento. Tomados de la mano, saludan a los vecinos, se detienen un momento junto al pianista como si realmente lo oyeran y se dirigen hacia uno de los extremos de la sala marcando con los pies y con las manos un ritmo trepidante de consumo propio. Al cruzarse con la señora en busca de su perro, ella abre una fundita de crujientes papas fritas que, generosa ofrece también al joven.

Los ladridos de un perro confirman la sospecha de la señora que, sonriente, corretea de vuelta a la cocina.

Mientras el pianista persiste en su sonata ajeno a todo lo que pasa a su alrededor, una mujer entra al apartamento llevando casi a rastras a una niña de alrededor de seis años.

A diferencia de las anteriores visitas, en este caso, la mujer ni siquiera por prudencia estima la conveniencia de bajar el tono.

**-MUJER.- ¡Ahora es que se te tenía que ocurrir hacer pipí! ¡Y mira que te lo he dicho antes de salir, pero tú como si nada! (Imitando con visible malestar la voz de la pequeña) ¡No tengo ganas mamá, no tengo ganas! Y claro, ahora a molestar...**

Cuando repara en los vecinos sentados en el sofá que han vuelto a disimular sus arrumacos, se dirige a éstos.

**-MUJER.- Disculpen la molestia pero es que íbamos a salir y ahora es que a la niña le han entrado las ganas, y por no subir otra vez a casa... ¿Dónde está el baño?**

Antes de que el vecino le confiese que ellos no viven ahí, la vecina se adelanta.

**-VECINA 2.- Creo que es esa puerta...**

**-MUJER.- Sí, no hay más que seguir el olor...cómo no lo imaginé. Parece que aquí no vive gente... (haciendo gestos de desagrado)**

La mujer se introduce con la niña en el baño en el momento en que sale del mismo un diminuto perro anticipado por sus ladridos. Sin cerrar la puerta, la mujer sigue reprendiendo a la niña.

**-MUJER.- Y ahí vas a estar sentada hasta que hagas pipí...**

**-NIÑA.- ¡Mamá...no tengo ganas!**

Al tiempo que la señora que buscaba a su perro corre alborozada a su encuentro, en medio de la sala, invocando su nombre, un limpiabotas aprovecha la audiencia para colarse en el apartamento con su correspondiente caja.

**-LIMPIABOTAS.- (Preguntándole al vecino) ¿Va a limpiar?**

El vecino, otra vez interrumpido cuando llevaba a cabo un experticio de los senos de la vecina, responde de mala gana al muchacho.

**-VECINO 1.- ¿Y tú que crees? Anda y lárgate de aquí...**

**LIMPIABOTAS.- Pues si no va a limpiar, deme algo...**

**-VECINO 1.- (En voz baja) Tres patadas es lo que te voy a dar... ¿Tú no entiendes el español? ¡Muévete de ahí!**

**-VECINA 2.- (colaborando con el vecino y dirigiéndose al limpiabotas) Mira...creo que te llaman por ahí...**

El limpiabotas, imperturbable, no se mueve del sitio, atento al accionar de la pareja.

**-VECINO.- 1 ¿Pero cómo tengo que decirte que te largues?**

**-LIMPIABOTAS.- Deme 10 pesos y me voy...**

**-VECINO 1.- (Tras meditarlo y de muy mala gana) No si...ya sabía yo...Toma los diez malditos pesos y hazte humo...**

El limpiabotas cumple la parte del trato que le corresponde y decide probar fortuna con los jóvenes de los audífonos.

Nadie parece estar disfrutando una sonata que, pese al entusiasmo del pianista, cada vez encuentra menos espacio para hacerse sentir entre los susurros, las voces, los gritos, los ladridos, los llantos de la niña obligada a orinar y el crujir de papas fritas.

**-COLMADERO.- ¿Alguien llamó al colmado?**

Junto a la puerta, un joven carga dos cervezas a la espera de que aparezca el responsable del pedido. Los jóvenes de los auriculares se levantan del suelo, donde se habían sentado, y se hacen cargo del pedido, incluyendo dos vasos plásticos, en el mismo momento en que otro vecino entra con un radio pegado a la oreja, atento a la decisiva primera entrada del juego de pelota.

**-VECINO 3.- ¿Están viendo el juego por televisión?**

**-JOVEN.- (Quitándose el auricular) No sé... yo no he visto nada, no conozco a nadie...**

**-VECINO 3.- Es que se me fue la luz en casa, maldita sea...Suerte que mi radio tiene baterías...**

Un tempranero jonrón acompañado de su entusiasta narración .(“Se va, se va, se va para la calle...No, no, no, no, no, no...Díganle que no a esa pelota...cuadrangular de David Ortiz...”) pone a festejar al recién llegado que, sin pedir permiso, se hace cargo de un vaso y apela a la generosidad del joven que lo complace.

El joven y el aficionado al béisbol cruzan la sala mientras el pianista, ajeno a todo lo que ocurre a su alrededor, sigue enfrascado en su sonata, cada vez más ahogada por el concierto de voces y ruidos que genera el improvisado público.

Los vecinos que ocupan el sofá, perdida hasta la discreción, persisten en sus devaneos amorosos al tiempo que la señora, que ha vuelto a perder a su perro, insiste en dar con él y el perro en perderla de vista. El limpiabotas agota sus posibilidades de trabajo yendo y viniendo por la sala. Su último cliente es un carterista que, mientras espera que el limpiabotas termine su trabajo, observa a los reunidos y sopesa sus posibilidades.

Un quinielero se incorpora al grupo y al escándalo voceando la suerte para esa noche.

**-QUINIELERO.- ¡Traigo la suerte conmigo... no la desperdicien! ¡Con sólo 50 pesos ustedes pueden asegurar su futuro! ¡Ahora o nunca!**

Armado de billetes de lotería, el quinielero conversa con los reunidos. En su deambular por la sala se cruza con un político en campaña, acompañado de un reducido séquito, empeñado en recabar firmas para quién sabe qué loable propósito. En un extremo de la sala, el político se sube a una silla y diserta a los reunidos sobre las ventajas de su presencia en el Congreso.

**-POLITICO.- Y les aseguro que con sus firmas de respaldo a mi candidatura por fin la voz del pueblo va a contar con un escaño en el Congreso, porque ya está bueno de demagogia, de políticos que desde que llegan al poder se olvidan del pueblo que los eligió.**

Junto al piano, la niña que tuviera urgencias urinarias, de la mano de su madre, observa fascinada al músico hasta el punto de que, en un solidario arranque, también se anima a aporrear algunas teclas sin que ni siquiera entonces reaccione el pianista, absorto en su desempeño. Para felicidad de la sonata, la que si reacciona es la madre de la criatura que, de un manotazo, la aparta del piano.

**-MUJER.- ¡Niña, deja al pianista tranquilo, que se va a molestar!**

No de muy buena gana, lo que evidencia llorando, la niña es arrastrada por su madre hacia el extremo contrario al que ocupa el político, tomado por un pastor evangélico que, con ayuda de un altavoz, advierte de los peligros del pecado y de la inminencia del fin del mundo.

**-EVANGELICO.-** ¡Arrepiéntase ahora que todavía están a tiempo, porque sólo los justos llegarán a reunirse con Jehová cuando llegue el día que habrá de llegar, que ya está llegando, que está llegando ya, y se puede sentir, y se puede palpar, y entonces será tarde para quienes no quieran ver ni oír, cuando las trompetas anuncien el juicio final y lenguas de fuego candente separen al pecador del justo! ¡Oh pecadores, arrepentíos!

El ruido de un motor apaga momentáneamente la prédica del pastor. Junto a la puerta, un repartidor de pizza se desmonta de la motocicleta y entra a la sala con un pedido.

**-PIZZERO.-** ¿Quién encargó una pizza?

La pizza la ha pedido un sujeto que, junto al pianista, graba precariamente la sonata. A su lado, otro individuo que lo acompaña se hace cargo de la pizza.

**-SUJETO.-** Pájala tú que luego arreglamos cuentas...

**-INDIVIDUO.-** Sigo pensando que piratear al musiquito este es perder el tiempo.

**-SUJETO.-** Sabrás tú... La vaina es que el sonido no va a quedar muy nítido, no, demasiada bulla.

**-INDIVIDUO.-** Y, a más, esta música tá muy lenta, parece de muertos, le falta percusión...

**-SUJETO.-** Después, en el estudio, le metemos unos cueros y unas maracas y va a quedar de pinga...

**-INDIVIDUO.-** Si tú lo dices...tú eres el que sabe...

**-SUJETO.-** Paga la pizza y calla.

Un policía recorre la sala macuteando aquí y allá. En el extremo de la sala en la que el séquito del político prorrumpe en cálidos aplausos a su candidato, acompañados de enardecidas consignas, el policía sorprende a un heladero, con todo y carro, que hace sonar insistentemente su campanilla reclamando la atención de todos.

**-POLICIA.-** ¿Y dónde está su licencia para vender helados a domicilio?

**-HELADERO.-** ¿De qué licencia tú me hablas?

**-POLICIA.-** ¡No te me pongas gallito que te llevo para el destacamento con todo y carro! ¡Y además el carrito está pintado de blanco y hoy es jueves y sólo les toca trabajar a los carritos amarillos!

**-HELADERO.-** ¿Y eso no es para los taxis?

**-POLICIA.- ¿Ajá? ¿Te crees muy listo eh...? ¡Vamos, camine!**

**-HELADERO.- ¡Pero teniente... tenga usted consideración conmigo, que soy un padre de familia y me la estoy buscando!**

**-POLICIA.- Pues ya la encontraste...¡Vamos, muévete que no tengo todo el día!**

**-HELADERO.- ¿Y cómo podemos arreglar esto?**

**-POLICIA.- (Luego de acariciarse la barbilla, como si lo pensara) De momento, dame uno de chocolate con almendra y cien pesitos...y después hablamos, porque no te va a salir tan barato no, que conozco a los de tu clase, por ahí tienes escondidos, seguro, 500 pesos...**

Un reportero de televisión se abre paso por la congestionada sala, micrófono en mano, seguido muy de cerca por un camarógrafo. Cuando se cruza con la señora que buscaba a su perro aprovecha para entrevistarla.

**-REPORTERO.- ¡Por favor señora...! ¿Podría darnos su opinión sobre las nuevas medidas adoptadas por el síndico con respecto al tránsito en la ciudad? ¿Cree usted que los peatones van a aceptar caminar únicamente por la acera de la izquierda para que puedan los motoristas circular por la acera de la derecha y así sacar los motores de la calle?**

**-MUJER.- ¿Yo lo que me pregunto es para cuándo es que se va a crear un carril para perros? ¿O es que los perros no tienen derecho a circular?**

En medio del caos, abandonado a su suerte, el pianista sigue enfrascado en su sonata sin que nadie pueda distinguir sus notas entre el fragor de voces, gritos, llantos, ladridos, proclamas, campanillas, motores y demás estruendos, a los que también se han sumado los golpes que provocan cuatro entusiastas jugadores de dominó al colocar las fichas sobre la mesa situada en el extremo de la sala más alejado de la puerta.

Al estruendo se suma el camión de la basura con sus clásicos bocinazos y el rodar por la calle de los zafacones.

El quinielero, se acerca al pianista decidido a probar fortuna con la venta de sus billetes pero algo lo detiene en seco. El pianista se ha desplomado sobre el teclado, con sus brazos extendidos, abarcando desde las graves hasta las agudas y permanece inmóvil, con los ojos abiertos, fijos en la partitura.

El quinielero lo toca suavemente en el hombro buscando que reaccione, después lo sacude, lo zarandea, y el pianista rueda del sillín y cae al suelo inerte.



El carterista se acerca presuroso, se inclina sobre el pecho del pianista acercando su oído al corazón del músico mientras desliza su mano en el bolsillo de su pantalón buscando la cartera.

**-CARTERISTA.- Este hombre está muerto... muertecito...**

**-SEÑORA.-** (Acercándose) **¿Quién está muerto?**

**-LIMPIABOTAS.- El pianista...**

**-VECINO 1.- ¿Que ha muerto el pianista?**

**-VECINO 2.- ¿El pianista?**

**-QUINIELERO.-** (Gritando para que todos oigan) **¡El pianista ha muerto...el pianista ha muerto!**

**-PIZZERO.- ¿Quién es el pianista?**

El anuncio de la súbita muerte del pianista concentra la atención de todos que, lentamente, van acercándose al cadáver. Todos menos el policía que opta por retirarse discretamente. De forma gradual, voces y ruidos van desapareciendo, desmontándose en la misma forma y orden en que fueron generándose hasta hacerse un silencio absoluto.

Durante algunos segundos nadie se atreve a decir nada hasta que el político toma la iniciativa.

**-POLITICO.- Ven acá, ahora que lo pienso... a tres esquinas de aquí vive otro pianista.**

**-EVANGÉLICO.- ¿Otro pianista? ¿Dónde?**

**-POLITICO.- Muy cerca, en la parte de atrás del banco.**

**-SEÑORA.- ¿Y a qué estamos esperando?**

Atropelladamente, como turba, el grupo sale de la casa.

La sala queda a solas, vacía y en silencio, con el cuerpo del pianista tendido en el suelo, junto al piano.

De improviso, de la cocina sale el perro que, se acerca al pianista, levanta una pata trasera meando sobre el cadáver y, ya satisfecha su necesidad, corre hacia la puerta detrás del grupo y de su dueña.

(koldocs@hotmail.com)